

CORINNE HOFMANN

Volviendo de África

El amor siempre sobrevive a las despedidas.



VOLVIENDO DE ÁFRICA

CORINNE HOFMANN

Traducción de Isi Feuerhake y Basilio Losada

1.ª edición: junio 2013

© 2013 by A1 Verlag GmbH, München

© Ediciones B, S. A., 2013

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Depósito legal: B. 13.784-2013

ISBN DIGITAL: 978-84-9019-200-9

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

Portadilla
Créditos
Contenido
Dedicatoria
Llegada al «mundo blanco»
Nos vamos aclimatando
De nuevo independiente
Superando los obstáculos de la burocracia
El divorcio de Lketinga
Reviven en mí los recuerdos
Quiero escribir mi historia
Todo se puede aprender
Sensacional éxito del libro
Un nuevo amor
Planes de futuro
Partida hacia el Kilimanjaro
Añoranza de África
Notas

Si bien me sentía optimista cuando en agosto de 1998 se publicó mi libro *La masai blanca*, pensando que el relato de mi historia africana de amor despertaría amplio interés, ni en mis sueños más audaces hubiese esperado que en poco tiempo acabase en las listas de best seller, que fuese traducido a quince idiomas y llevado al cine. El éxito del libro y todas las vivencias relacionadas con este éxito se convirtieron en otra gran aventura en mi vida.

Entonces no tenía intención de escribir un segundo libro, pero en el transcurso de los años recibí miles de cartas, faxes y mails en los que lectoras y lectores me comunicaban de diversas maneras hasta qué punto mi historia les había impresionado. Casi siempre estos escritos finalizaban preguntándome cómo se encontraba en la actualidad mi familia keniata, mi hija y yo misma.

Al principio yo intentaba aún contestar personalmente a cada uno de estos escritos, pero llegó un día en que tuve que capitular ante las oleadas de consultas. Sin embargo, a cada nueva muestra de interés por nuestro destino se iba formando en mí una creciente presión interna de tener que cumplir con una especie de obligación.

Deseo dedicar este libro a todos aquellos que me han conmovido en lo más hondo con su reconocimiento, sus muestras de aliento y su interés por la historia de mi vida.

Lugano, abril de 2003

LLEGADA AL «MUNDO BLANCO»

Como venida de muy lejos, me llega una voz:

—¡Oiga... oiga, despierte!

De repente noto una mano en mi hombro. Abro los ojos y en el primer momento no sé dónde estoy. Cuando mi mirada se posa en la camita a mis pies y descubro a mi hija Napirai, de pronto me acuerdo de todo: estoy en el avión. La señora que va a mi lado retira la mano de mi hombro y dice riendo:

—Usted y su bebé han dormido profundísimamente. En breve aterrizaremos en Zúrich, y se ha perdido todas las comidas.

Apenas puedo creerlo: lo hemos conseguido. Hemos podido salir de Kenia. ¡Mi hija y yo somos libres!

De inmediato acuden a mi memoria los últimos momentos de nerviosismo en Nairobi en el control de pasaportes. El hombre nos mira y pregunta:

—*Is this your child?*

Napirai duerme en la *kanga*, a mis espaldas, y contesto:

—Yes.

El hombre pasa las páginas de su carnet infantil y de mi pasaporte.

—¿Por qué quiere salir del país con su hija? —es la siguiente pregunta.

—Quiero que mi madre vea a su nieta.

—¿Por qué no las acompaña su marido?

Con la mayor serenidad posible explico que tiene que trabajar y ganar dinero.

El hombre me dirige una mirada severa y dice que quiere ver mejor la cara de la niña. Pide que la despierte y le hable llamándola por su nombre. Me pongo aún más nerviosa. Napirai, de algo más de quince meses, despierta y echa una mirada adormilada alrededor. El hombre le pregunta constantemente por su nombre. Napirai no dice nada, pero empieza a hacer pucheros y rompe a llorar. De inmediato intento tranquilizarla, pues temo que en el último minuto todo salga mal y no podamos abandonar este país. El hombre mira del derecho y del revés el carnet infantil alemán e inquiera en tono severo:

—¿Por qué tiene un pasaporte alemán si su padre es keniatá? ¿Es realmente hija suya?

Más y más preguntas caen sobre mí y estoy bañada en el sudor que me provoca el miedo. Intentando mantener la calma expongo que mi marido es un masai tradicional, que no ha conseguido que le dieran un pasaporte y que con las prisas solo conseguimos este. Digo que en tres semanas estaré de regreso y que entonces intentaré obtener un pasaporte keniatá. Vuelvo a pasarle la carta firmada por mi marido mientras rezo en voz baja:

—Dios mío, no nos abandones. ¡Ayúdanos a recorrer estos pocos metros y llegar al avión!

Tras nosotras se agolpan varios turistas que contemplan la escena con semblante crispado. El hombre me traspasa una vez más con la mirada, calla durante unos segundos y a continuación dice con una amplia sonrisa que hace centellear sus dientes:

—*Okay!* Buen viaje y hasta dentro de tres semanas. ¡Tráigale un regalo bonito a su marido!

Todo esto se me pasa por la cabeza cuando, todavía muy cansada, cojo en brazos a mi hijita para darle el pecho. Ahora, poco antes del aterrizaje, mis sentimientos son muy dispares. ¿Qué dirá mi madre? ¿Estarán ella y su marido en el aeropuerto o tal vez no? ¿Qué pasará ahora? ¿Cómo le digo que estas no son unas vacaciones sino que he huido de quien fue antaño mi gran amor y que no me quedan fuerzas ni valor para regresar? No lo sé.

Moviendo la cabeza de un lado a otro, como para ahuyentar estos pensamientos, me pongo a recogerlo todo. El avión se dispone a aterrizar y de nuevo siento este enorme alivio: he sacado a mi hija de Kenia. ¡Lo hemos conseguido!

Con Napirai a mis espaldas atravieso el edificio del aeropuerto y vestida con mi sencilla falda remendada, la camiseta de manga corta y las sandalias, en un fresco 6 de octubre de 1990 me siento algo fuera de lugar. Me da la sensación de que hay extrañeza en las miradas que la gente me dirige.

Al fin veo a mi madre y a su marido. Me dirijo a ellos llena de alegría, pero noto en el acto que se han asustado al ver mi delgadez. Estoy en los huesos y, con mi 1,80 metros de estatura, peso menos de cincuenta kilos. Tengo que reprimir las lágrimas y de repente me siento infinitamente cansada, exhausta. Mi madre me abraza emocionada. También ella tiene lágrimas en los ojos. Hanspeter, su marido, nos saluda con amabilidad pero con cierta reserva puesto que aún no nos conocemos bien.

Nos ponemos en marcha para ir a su casa. Entretanto se han mudado del Berner Oberland a Wetzikon en el cantón de Zúrich. Mi madre pregunta ya en el coche cómo está Lketinga y cuánto van a durar mis vacaciones. Se me hace un nudo en la garganta y no sé cómo decírselo, de modo que contesto:

—Quizá tres o cuatro semanas.

Me propongo contarle más tarde toda la tragedia. Lo que ocurre es que mi madre no tiene ni idea de lo mal que

estoy realmente, puesto que en los últimos meses no pude escribirle ni comunicarle los acontecimientos vividos. Mi marido lo controlaba todo y tuve que traducirle cada frase que escribía. Cuando vivíamos en la costa, a veces llevaba mis cartas a otras personas que sabían algo de alemán para que se las tradujeran. Si no estaba de acuerdo me obligaba a echar la carta al fuego. Bastaba que yo pensara en mi país para que Lketinga me mirara lleno de desconfianza y preguntara, como si supiera leer los pensamientos:

—*Why you are thinking at Switzerland, you stay here in Kenia and you are my wife.*

Además, yo no quería causar preocupaciones innecesarias a mi madre, ya que durante mucho tiempo seguí creyendo en nuestro futuro en común en Kenia.

En casa nos reciben sonoros ladridos de perro que asustan a Napirai porque los desconoce. En Kenia se tiene una relación más bien distante con los perros. El animal ladra como loco y regaña los dientes.

—No está acostumbrado a extraños y menos aún a niños, pero por unos cuantos días ya nos arreglaremos —declara mi madre. Nuevamente se apodera de mí una sensación angustiada ante la idea de que tendremos que quedarnos aquí hasta que todo esté arreglado. Y eso puede ser por bastante tiempo puesto que ya no tengo permiso de residencia en Suiza y por lo tanto he entrado en el país en calidad de turista. Si bien nací y me crié en Suiza, tengo, igual que mi padre, pasaporte alemán. Tras una estancia en el extranjero que se prolongue durante más de seis meses, en Suiza se pierde el permiso de residencia. No quiero ni pensar en todo lo que se nos avecina.

¡Dios mío, tengo que decírselo! Pero por el momento no tengo fuerzas para arruinar su alegría y explicarle el verdadero motivo de nuestra visita. Ella está simplemente feliz de volver a ver al fin a su hija y a su nieta. Además, como es de esperar, ninguno de los dos está preparado para el súbito regreso de la hija adulta con una niña. Al fin y al cabo lle-

vo viviendo fuera de casa desde que cumplí los dieciocho años.

Me instalo con Napirai en la pequeña habitación de invitados y me pongo a desempaquetar nuestras escasas pertenencias. Todo lo que poseo son un par de vestiditos de niña y aproximadamente veinte pañales de tela, así como unos tejanos y un jersey para mí. Todo lo demás lo he dejado en Kenia —al fin y al cabo quería que Lketinga creyera que yo iba a regresar—. De lo contrario, jamás me hubiese dejado salir del país con nuestra hija.

Me muevo con mucho cuidado por la hermosa y gran casa decorada con muebles elegantes, plantas y alfombras. Pero lo que más me impresiona es el lavabo que puedo usar ahora en lugar de la apestosa letrina. Mi madre me pregunta qué me gustaría comer. Se me hace la boca agua al pensar en una jugosa ensalada de embutido y queso. Así que formulo mi deseo. Mi madre parece casi decepcionada porque quería cocinar algo especial para mí, pero, tras cuatro años en la selva, esta comida es lo más refinado que pueda imaginarme. Cuando vivía con los samburu, jamás tuve ocasión de comer algo tan fresco, pues, aparte de harina de maíz, a veces arroz o aún más raramente carne sin condimentar, no había otra cosa. ¡Qué ilusión me hacía esta ensalada con un trocito de pan recién hecho!

Ahora también Napirai muestra curiosidad y observa con atención a las desconocidas personas blancas. Entretanto ha vaciado casi todos los estantes de libros y ahora está removiendo la tierra para las plantas. Todas estas cosas son nuevas para ella.

Al fin la comida está lista. Solo con verla podría llorar de alegría. ¡Cuántas veces soñé de noche con una comida como esa! Y ahora basta que la desee y media hora más tarde la tengo ante mí.

Naturalmente, mi madre quiere que la informe con todo detalle explicándole si me gusta mi nueva vida en Mombasa y si mi tienda de souvenirs en el Diani Beach ha empe-

zado con buen pie. Está contenta de que tras tres años en la selva profunda yo vuelva a vivir más próxima a la civilización. Lo que no acaba de entender es por qué estoy aún más delgada que en mi última visita, puesto que ahora dispongo de más posibilidades de alimentarme mejor. Todas estas preguntas me abruman y aumentan mi tristeza, de modo que me limito a dar respuestas mecánicas que no tienen nada que ver con la realidad. Con su casi ingenua despreocupación consigo que me resulte aún más difícil decir la verdad.

Mi alegría por la deliciosa comida no dura mucho. Media hora después tengo unos espantosos retortijones de estómago y me encojo tumbada en la cama. Claro que con la hepatitis que contraí hace solo un año, no debería haber comido nada de grasa y mucho menos alimentos fríos conservados en la nevera. Al fin y al cabo durante años solo he comido platos de lo más sencillos y directamente de la olla. Pero ante la posibilidad de volver a comer al fin algo especial no lo he tenido en cuenta. Para que mi estómago se calme no me queda más remedio que vomitar.

Mi madre está bañando a Napirai, lo cual le gusta mucho. La niña chapotea y lanza grititos de alegría y por primera vez le ponemos pañales desechables. ¡Dios mío, qué fácil resulta! Colocarlos, ensuciarlos, quitarlos y tirarlos. ¡Increíble y fantástico! Se acabaron los tiempos en que en Nairobi tenía que cargar con los pañales sucios hasta que, por la noche, pudiese lavarlos a mano en agua fría.

A las ocho me siento cansadísima. En Kenia solíamos acostarnos a esta hora, puesto que no teníamos luz eléctrica y anocheaba temprano. De todas formas tendré que acostarme con Napirai, pues no está acostumbrada a dormir sola. En la *manyatta* en las tierras altas dormía siempre conmigo o con su abuela, y en la costa entre mi marido y yo. Para los hijos de los samburu eso es lo normal. Necesitan el contacto físico. En la cama me invade la tristeza y me

asaltan dudas sobre si estoy haciendo lo correcto. Llorando en voz baja me quedo dormida.

A la mañana siguiente se plantea la gran pregunta: ¿Qué ropa nos pondremos? Es octubre, y para nosotras, que venimos del calor de Kenia, hace muchísimo frío. A Napirai nunca le ha gustado llevar ropa encima y ahora tiene que ponerse incluso jerséis y una chaqueta que mi madre ha comprado. No se siente cómoda con tanta ropa e intenta quitársela. Pero no es posible. Hace frío y, además, en Suiza la gente tiene la costumbre de ir vestida.

Otro problema lo constituye el perro, pues parece que no le gustamos. Gruñe, ladra y enseña los dientes mientras nos observa con cautela. Pero Napirai ya se ha acostumbrado y quisiera jugar con él todo el rato. Por lo visto, al ser una niña masai, desconoce el miedo. Yo, en cambio, estoy casi histérica temiendo que el perro pueda morder a Napirai. Mientras que yo lo veo como un auténtico peligro, para mi madre y Hanspeter es naturalmente el animal más cariñoso y, por así decirlo, el sustituto de un hijo.

Los primeros dos o tres días solo me siento fatigada y agotada. No dejo de pensar cómo le iré a Lketinga, solo en la tienda. Es cierto que cuenta con la ayuda de William, pero ya no se llevan tan bien desde que, hace un tiempo, William nos robó algo de dinero.

Para distraerme, los días siguientes doy un paseo hasta la cercana escuela agrícola, donde observo las vacas durante horas. Así encuentro cierta calma interior y me siento muy unida a mi suegra «nGogo». ¿Cuál será su reacción cuando se entere de que ya no volverá a vernos, a Napirai y a mí? De acuerdo con las costumbres de los samburu, en realidad mi hija le pertenecería a ella. Pensamientos como este y otros parecidos se me pasan por la cabeza.

Por la noche, cuando mi madre y Hanspeter ven las noticias por televisión, suelo retirarme con Napirai a nuestro cuarto. Todas aquellas terribles imágenes de la guerra del Golfo y de la miseria en el mundo me conmueven y apenas soy capaz de soportarlas. Durante más de cuatro años no he tenido ningún contacto con la televisión u otros medios. He vivido en un mundo como hace mil años y ahora me siento destrozada por todas estas noticias e imágenes. Pero en una ocasión permanezco sentada ante el televisor como hipnotizada. Están dando un reportaje sobre la caída del muro en Alemania. Soy incapaz de comprender lo que estoy viendo. Lo cierto es que no me enteré de este acontecimiento pese a que ocurrió hace ya un año. ¡Casi no puedo creerlo! Antes, en casa el muro de Berlín solía ser un tema constante, puesto que mis abuelos por parte de padre vivían en el Este. Por eso yo sabía ya de niña cuán diferentes eran los dos mundos alemanes, ya que mi padre contaba muchas cosas cuando regresaba de una de sus visitas a la RDA. ¡Y ahora vuelven a estar unificados! Todo el mundo lo sabía, y solo nosotros, en la selva, éramos los únicos a los que no había llegado esta noticia. Ante estas imágenes enseguida me vuelven a caer las lágrimas. Comprensiblemente mi forma de reaccionar resulta cómica para mi madre y su marido. También la mayoría de películas causan en mí una percepción diferente de la que solían causarme antes. ¿O es que yo he cambiado tanto? Sea como sea, me sorprenden tremendamente tantas escenas de desnudos y de amor en las películas actuales. En Kenia, en público no se besa y ni siquiera las parejas se cogen de la mano, por no hablar ya de que los samburu no se besan nunca. Empiezo a darme cuenta de lo puritana que me he vuelto en los cuatro años pasados.

Al cabo de unos días mi madre dice que ya es hora de que me compre algo de ropa. Me pongo, pues, en marcha, mientras ella se encarga de Napirai. La gran cantidad de vestidos y mercancía en las tiendas abarrotadas hacen que

me sienta insegura. No sé qué es lo que me sienta bien, y acabo comprando unos *leggings*, que parecen estar de moda, y un jersey. El precio me parece elevadísimo. Por el mismo dinero hubiese podido comprar en Kenia tres o cuatro cabras o una preciosa vaca.

En casa le muestro mis compras a mi madre que manifiesta horrorizada que de ningún modo puedo salir a la calle con estos *leggings*, que estoy demasiado flaca y que con esta vestimenta parezco casi enferma. La pizca de orgullo recién recuperado por la bonita ropa ha quedado aniquilada y me siento muy fea. Me asusta comprobar que en este mundo —blanco— me he vuelto muy susceptible. En mi mundo, en Kenia entre los africanos, todo era distinto. Allí lo tenía que hacer y organizar todo yo sola. Cada vez soy más consciente de cuánto he cambiado en todos estos años. Aquí en Europa el tiempo pasa muy deprisa, y muchas cosas me resultan nuevas y desconocidas. En África todo transcurre aún despacio y los días parecen infinitamente más largos. ¿Qué ha sido de aquella mujer de negocios antaño tan segura de sí misma? ¡Una apátrida escuálida con una niña pequeña, que no tiene ni el valor de confiarse a su madre!

Pero al cabo de una semana es el destino el que decide por mí. Estamos cenando cuando suena el teléfono. Mi madre atiende la llamada y se limita a decir repetidamente «Hola, sí, hola», después cuelga. Dice que parecía tratarse de una llamada desde muy lejos, pero que nadie dijo nada. Con las manos bañadas en sudor me quedo mirando incrédula a mi madre. Ella se echa a reír y dice:

—¡No te asustes! Seguro que será tu marido quien querrá hablar contigo. ¡Alégrate!

Empiezo a sentirme mal de tantos nervios y de tanto miedo. Claro que dejé el número de teléfono. Sophia, mi amiga italiana, me lo había pedido. Si Lketinga tenía problemas en la tienda, ella me iba a llamar, porque él jamás en su vida ha hablado por teléfono. Tampoco a ella le dije

nada. No confié mis planes de huida a nadie, por miedo a que pudiesen salir mal. ¡Y ahora esto! Como hipnotizada clavo la mirada en el teléfono, pero por el momento permanece en silencio. Mi madre dice que seguro que no será nada grave y que siga comiendo. Pero el apetito se me ha ido. En cambio pienso en cómo debo comportarme al teléfono. Y ya está sonando de nuevo. Mi madre me pide alegremente que lo coja yo. Pero no soy capaz de moverme. Llena de pánico veo cómo ella descuelga. Tras un alegre «yes» me hace señas para que coja el auricular. De forma mecánica, me pongo el auricular junto al oído y reconozco en el acto la voz de Sophia.

—Hola, Corinne, *how are you? I'm here together with your husband Lketinga*. Está empeñado en saber cómo están su esposa y su hija y cuándo vais a regresar a Kenia. ¿Quieres que te lo pase?

—*No, wait* —grito al auricular—. Primero quiero hablar contigo. Sophia, lo que voy a decirte ahora será muy duro para Lketinga, para ti, para mí, para todos. ¡No vamos a volver! Simplemente no aguanto más la convivencia con mi celoso marido. En parte, tú misma lo has vivido. No os lo pude decir antes. De lo contrario, jamás habiéramos podido abandonar el país.

A mis espaldas oigo unos cubiertos caer al suelo.

—Por favor, por favor, Sophia, explícaselo a Lketinga. Desde aquí le ayudaré con la tienda y con el coche en la medida de mis posibilidades. Si lo vende todo será un hombre rico. Se lo doy todo, también las cuentas bancarias, todo menos nuestra hija Napirai. Intentaré construirme una nueva vida con ella.

Se percibe lo conmocionada que está Sophia. Pregunta si no quiero hablar con mi marido, pero que ya casi se ha consumido todo el dinero. Anoto el número de teléfono y le digo que en diez minutos les llamaré para hablar con Lketinga. Exhausta, cuelgo, me vuelvo y veo a mi madre como petrificada. E igual a Hanspeter. En aquel mismo mo-